



OBISPO DE CARTAGENA

MISA FUNERAL POR DON FRANCISCO LERMA

Obispo de Gurué en Mozambique
En la Santa Iglesia Catedral de Murcia
29 de mayo de 2019

Hermanos Obispo y Arzobispo,
Vicario General y sacerdotes,
Querida familia y amigos,
Hermanos,

Hoy nos encontramos ante el altar del Señor para interceder por nuestro Mons. Francisco Lerma. Nos mueve la confianza de la fe, que nos dice que la vida eterna está al alcance de nuestras manos, por los méritos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y la Palabra de Dios que nos invita a tener esperanza y creer que la esperanza es la que nos mueve a todos a seguir adelante en la confianza y en la misericordia de Dios. El amor a Dios y estar cerca de Él en todos los acontecimientos de nuestra vida nos lleva a acogernos en los brazos de un Padre, nuestro Padre Dios, y a pedirle con fuerza que acoja a nuestro hermano Francisco, que fue llamado para una tarea hermosa: servir a la Iglesia en la caridad en un país donde estuvo más de la mitad de su vida, en Mozambique, una tierra a la que fue para servir y que la hizo suya, allí abrió el corazón y vivió para todos y cada uno de los que le fueron confiados.

Pequeño y enjuto visto desde fuera, pero muy grande desde la perspectiva de su humanidad entregada, porque hacía grande todo lo que tocaba. Pocos días le faltaban para presentarle al Santo Padre la renuncia de su ministerio, establecido a los setenta y cinco años, pero no se le notaba cansado ni agotado, sino lleno de vigor y cargado de proyectos para su gente, construir el seminario de aquella Diócesis joven, construir pequeñas iglesias para tantísimas comunidades, cuya gente tenía que recorrer muchos kilómetros andando sólo para ir a misa y acogerles con la dignidad de los hijos de Dios. La creación de lugares de formación y asistencia sanitaria era otra de sus preocupaciones constantes, cosa que no descuidaba ni un instante.

La Iglesia de Cartagena le regaló el vehículo que le acompañaba a las diversas visitas a sus comunidades en los lugares más recónditos, una camioneta donde les llevaba lo necesario para la vida. Un obispo con “olor a oveja”, cercano y entregado, alegre, confiado, entrañable, con las manos abiertas y con la sonrisa en el rostro. Han sido emocionantes las fotografías del cortejo fúnebre desde Maputo, la capital de Mozambique, hasta su Diócesis, en Gurué, porque por donde quiera que iba pasando iba saliendo muchísima gente para saludar, miles de personas le iban diciendo adiós con los ojos rasos de lágrimas y allí quedaron sus restos, entre ellos, aguardando la Resurrección final. Dios le tendrá en cuenta lo que llevaba en sus manos cuando se presentó ante el

Padre: que ha favorecido a los más pobres y necesitados, que ha sido un obispo para todos, que ha sido un buen pastor, querido y respetado.

No, de ninguna manera nos podemos quedar en las cosas de aquí, ahora debemos mirar al cielo y estar alegres, como escribía San Pablo en Flp. 4,4-8: *“Estad alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres”*. Dentro del dolor por la separación de un ser querido, estamos alegres, porque era un hombre bondadoso y porque consagró su vida a predicar a Cristo Resucitado, a decirle a todo el mundo, que nada os angustie, al contrario, en cualquier situación presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias. Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos por medio de Cristo Jesús. Y animaba a sus hermanos diciéndoles que tomaran en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso, de encomiable... que se apegaran al corazón misericordioso de Dios, que perdona y da la vida eterna.

La sociedad de hoy proclama dichosos a los ricos, a los poderosos, a los que tienen éxito, este es el triunfo de la lógica del egoísmo. Pero frente a esa lógica, está la de Cristo, que propone la confianza en el Padre, donde son dichosos los pobres, los que sufren la injusticia, los misericordiosos, los pacíficos, etc. (Mt 5,1-12; Lc 6,20-26). Es la lógica de las bienaventuranzas, que no significa huir de la historia, sino abrir nuevos caminos, demostrando que es posible una historia distinta basada en el amor que, a ejemplo de Cristo, no se rinde ni cede a compromisos con el pecado. El futuro del hombre y del mundo está trazado en Cristo resucitado.

Don Francisco, como obispo, llevaba sobre su pecho una cruz, la que llevamos todos desde el Bautismo. La cruz de Cristo es símbolo de una promesa que no se detiene ante la muerte, sino que nos conduce a la plenitud de la vida. Apoyados en esta fe que profesamos, seguimos confiando que *“al deshacerse nuestra morada terrenal -rezamos en el prefacio de la liturgia de difuntos- adquirimos una mansión eterna en el cielo”*. Que Dios le conceda la gracia de lo que creyó y predicó: vivir para siempre con el Señor. La muerte no ha sido el final del camino, al contrario, es un paso hacia una vida mejor.

Descanse en paz.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena